

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

Imposible acallar el lienzo humano

Llegaron con chaquetas con capucha, mochila y vestidos de negro. Solo el tintineo de las latas dentro de las mochilas los delataba como escritores de grafito. Esta cronista los acompañó a las vías de un tren. Unos grafiteros alemanes habían tapado una de sus obras y ellos la cubrirían con otros trazos. Ese es el lenguaje de la calle y el destino de las pintadas. Amparados en la oscuridad, y ya cerca de las vías, se pusieron los guantes. La policía recoge las huellas dactilares para identificarlos y si lo logra, la multa puede ser de entre 1.500 a 3.000 euros. De una caseta abandonada, sacaron una escalera. Empezaba la carrera. Casi en formación, bajaron a las vías. A mí, me dejaron arriba por si acaso todo acababa en carrera. Desde el puente, porque había un puente, yo solo veía tres manchas negras deslizándose por una pared. En 10 minutos, habían terminado: un *sheriff* tapaba la firma de los alemanes.

«El mural reivindicativo ha muerto», dijo uno de ellos mientras se fumaban un pitillo observando la obra. Esta escena ocurrió en el 2008. Hacía dos años que había aprobado la ordenanza cívica que prohíbe el grafito y la firma había tomado la calle como protesta.

Seis años después la firma sinsentido sigue siendo una práctica habitual como forma de protesta de quienes antes podían pasar horas frente a una pared. El grafito mural que ha conquistado las galerías de arte y las firmas de moda –el barcelonés Sixeart hasta ha expuesto en la Tate Gallery– se

ha mudado a la periferia barcelonesa, a las rieras y a ciudades más permisivas.

Explican los escritores de grafito que solo el distrito de Horta-Guinardó apoya a quien «entiende que la ciudad puede tener muchos más co-

lores que el gris y el crema que quiere el ayuntamiento». Hay otra diferencia, esta generacional y mucho más habitual que en el 2008. El escritor de grafito –siempre hay excepciones– ya no pinta como forma reivindicativa: utiliza la ciudad como lienzo para pasárselo bien. Esto es algo que esta cronista recoge en casi cada entrevista o crónica cuando quien habla tiene menos de 30 años: el entrevistado ve como imposible cambiar el sistema y solo aspira a vivir a parte de este.

Albert tiene 28 años pide que, «por favor» no se le nombre como grafitero. Se considera escritor de grafito y accede a esta entrevista para que el debate sobre la pintada renazca: «La represión sigue. Aunque en un principio es legal pintar en las persianas privadas si el propietario está de acuerdo, todos conocemos casos en los que ha habido multas. También en los muros en los que está permitido. Con los turistas hay una actitud más permisiva, pero con nosotros, no». ¿Por qué pintas? «Porque es una forma de decir existo y para pasármelo bien».

Hace unos años, Barcelona era parte del circuito de los grandes lienzos urbanos. El británico **Banksy** o los brasileños **Os Gêmeos** pasaron por aquí. Ahora ha desaparecido el grafito mural, pero la calle sigue siendo un escenario del juego de la comunicación anónima. En la escondida calle de Cardona, en el Raval, hace unas semanas apareció una obra hecha con tapones de botellas de refrescos y cerveza. El autor se había subido a unos contenedores y había creado el mosaico. A veces, en el centro aparecen de la nada seres que miran a los transeúntes desde los árboles; otras veces esas figuras

están pegadas en paredes, cañerías. El niño tridimensional y colorido que mira de espaldas y que está pegado a la pared ya es todo un clásico. Pese a la ordenanza, la calle sigue hablando. ≡



ÁLVARO MONGE

►► Un mosaico hecho con tapones de botellas, en la calle de Cardona, en el Raval, el miércoles pasado.

El grafito mural que ha conquistado las galerías se ha mudado a la periferia



apiedecalle@elperiodico.com